

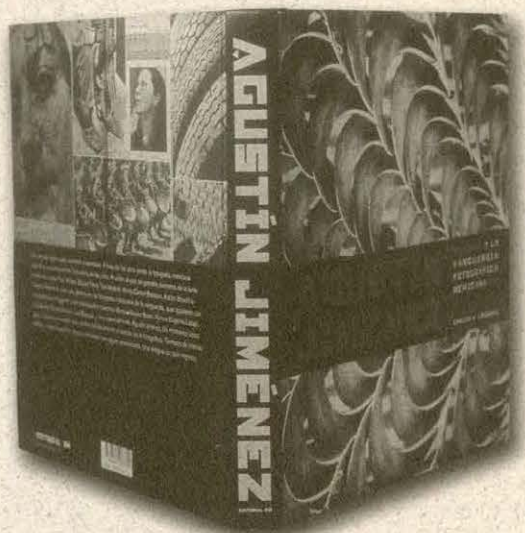
Agustín Jiménez: forma es contenido

Rogelio Villarreal

México es un país desmemoriado pero también demasiado propenso a los homenajes. Por eso es pertinente preguntar: ¿quién fue Agustín Jiménez? ¿Por qué su vasta obra —producida principalmente entre los años veinte y cuarenta— no se conoce y celebra tanto como la de Manuel Álvarez Bravo y otros fotógrafos de su generación y de las que siguieron? En su sorpresivo y monumental libro *Agustín Jiménez y la vanguardia fotográfica mexicana* (Editorial RM, 2005), Carlos A. Córdova indaga en estas y otras cuestiones acerca de la obra de quien acaso sea el mayor fotógrafo mexicano hasta mediados del siglo pasado (con perdón de don Manuel): por su inventiva, su originalidad, su incesante capacidad de experimentación, su intuitiva/instintiva sincronización con las vanguardias mundiales de la época, su generosa visión del México indio y campesino en transición hacia un utópico futuro de acero y concreto —preconizado por la Revolución— y por sus enormes aportaciones al diseño gráfico, a la conformación del fotoensayo y del fotomontaje —con lo que enriqueció notablemente el periodismo de entreguerras—. No hubo, prácticamente, tema, estilo o género fotográfico que no abordara con curiosidad y soltura, y hasta llegó a anticipar derivaciones del arte tan familiares hoy como las llamadas instalaciones.

Reconocido y festejado durante la primera etapa de su producción, autor de exitosas exposiciones individuales y colectivas en el país y en el extranjero, respetado profesor de fotografía en la Escuela Nacional de Bellas Artes y posterior pieza fundacional de la cinefotografía mexicana, Agustín Jiménez se desvaneció paulatinamente —como una copia mal fijada— casi hasta su deceso en algún momento de los tempranos años setenta.

¿Dónde estaban los estridentistas? ¿Dónde los contemporáneos? ¿No habrían sido ellos sus primeros aliados naturales toda vez que, como Jiménez, en la década de los veinte cantaban loas con euforia adolescente a la velocidad, la electrificación, al estruendo de las máquinas, a la industrialización acelerada? ¿Y los refinados poetas del México que asomaba a la modernidad no veían en las imágenes de este fotógrafo la armoniosa conjunción de las diferentes regiones que se amalgamaban en un solo país pujante, cosmopolita y unificado? (“El nacionalismo mexicano fue fruto del cosmopolitismo del siglo xx”, afirmaba Octavio Paz). En 1938 el malhadado escritor Rubén Salazar Mallén —estigmatizado casi hasta el ostracismo— escribió en la revista cubana *Bohemia* sobre el pronto olvido en que empezaba a caer el innovador fotógrafo: “Se trata de un esforzado que confía todo a su denuedo, a su sinceridad, a su temperamento. Por eso en México ha vivido un poco ignorado. Lo acechan, en parte, su propia modestia y, en parte, la envidia de los demás.” Córdova menciona también la ansiedad que precedió al estallido de la conflagración mundial y con ello el auge de una fotografía política, militante y de denuncia, más a tono con los murales vociferantes de Siqueiros y de Rivera y de las comprometidas



Carlos A. Córdova, *Agustín Jiménez y la vanguardia fotográfica mexicana*, México, Editorial RM, 2005
Siguiente página: Agustín Jiménez, *Tranvías, ca. 1932*. Col. particular

composiciones de Tina Modotti. Quizá el atípico Jiménez prefirió trabajar discretamente y al margen de modas para, después de abandonar poco a poco el glamoroso mundo del arte, encontrar finalmente en la cinefotografía un campo casi virgen y pleno en retos para seguir ejercitando su talento. “Mucha alabanza y poca pitanza”, llegó a decir Jiménez en referencia al ámbito de las galerías y los museos y quizá en alusión a las intrigas y mezquindades del medio cultural (la pitanza, como saben ustedes, es la cotidiana ración de alimento que todos necesitamos).

Amigo de artistas y escritores, algunos de ellos vinculados a cualquiera de los dos grandes movimientos del México posrevolucionario —como Jean Charlot y Xavier Villaurrutia—, Agustín Jiménez probablemente prefirió la compañía de alumnos, colegas y periodistas, con quienes emprendió la tarea de renovar el periodismo mexicano por medio de diversas maneras de presentar sus fotografías en las páginas de diarios, revistas, carteles y anuncios.

La “rara visualidad” a la que aludía una reseña publicada en la *Revista de Revistas* acerca de una exposición de A. Jiménez quería decir, en el fondo, que este autor había desarrollado ya una visión eminentemente fotográfica, divorciada por completo de los pictorialismos que esta nueva técnica había heredado de la vieja pintura. La transición de los muros de galerías y museos a las redacciones y los talleres de imprenta —de la plata a la tinta— había sido un paso lógico y necesario: la mecánica de la cámara se hermanaba con la de las prensas.

En 1926 Agustín Jiménez se integró al equipo de la revista *Forma*, dirigida por Gabriel Fernández Ledesma y en la cual colaboraban personalidades del arte y la cultura como el Dr. Atl, Anita Brenner, Xavier Villaurrutia y Salvador Novo. En sus páginas nuestro fotógrafo desarrolló la mayoría de los recursos que hoy utilizan con mayor o menor fortuna los diseñadores de revistas: rebases, secuencias, superimposiciones tipográficas, recortes, fotomontajes y otros tantos recursos que obligaron a diseñadores, reporteros, editores y dueños de los medios a pensar en función de las propias imágenes. En esa y otras revistas (*El Universal Ilustrado*, *Revista de Revistas*, *L'Art Vivant*, *Nuestro México*, *Jueves de Excelsior*, *México Al Día*, *Mexican Life*, *Futuro*, *Vea*, *Antena Cómica*, *Todo*, *Amenidades* y *Molino Verde*, esta última dirigida por él y con un sólo número de vida), con tirajes que iban de los 80 mil o 100 mil a los casi 300 mil ejemplares —algo de lo que contadas publicaciones actuales pueden presumir—, Jiménez y cronistas como el hondureño Rafael Heliodoro Valle, Carlos del Río, Ángel Sol, Amendolla y Guillermo de Luzuriaga, en-

tre otros, publicaron decenas de reportajes sobre cualquier tópico imaginable en los cuales textos, tipografía y fotografías se alimentaban mutuamente en despliegues insólitos para la época y anticipando o sintonizándose con lo mejor de la vanguardia del diseño gráfico mundial. En estos reportajes semanales, quincenales o mensuales, sugiere Córdova, Jiménez encontró el medio ideal para explayar cómodamente su ingenio —más que en los apresurados reportajes diarios que no daban tiempo de reposar la mirada— y ensayar acercamientos inusuales, abstracciones, composiciones arriesgadas y temas poco explorados por el periodismo de entonces, que iban desde el papel de la mujer en el México emergente hasta el ejército o la agitada vida nocturna iluminada por las luces de neón (véase el único ejemplar de *Molino Verde*, en cuya portada se anunciaba “una nueva forma de periodismo”: de haber seguido por esa vertiente, quizá

Jiménez sería ahora nuestro Hunter S. Thompson). “Algunas de sus imágenes son demasiado espectaculares para tan modestas revistas”, escribe Córdova.

A tantos años de distancia, oponer el ingenio innovador de Jiménez en la fotografía y el diseño, y aun en la cinefotografía, a la exacerbación de muchas revistas contemporáneas, sobrediseñadas y estridentes, más cercanas a la histeria que a la información o a la cultura, no es un acto de conservadurismo ni de nostalgia, sino una oportuna llamada de atención: una lectura atenta de la obra de Agustín Jiménez podría dejarles provechosas lecciones.

“Encadenado a su tiempo, Jiménez vio la realidad mexicana con ojos de hombre moderno, rodeado de máquinas, anuncios comerciales y cine”, dice Córdova, y precisa: “Hombre de todas las vanguardias, acaso la originalidad de Jiménez estriba en que ofrece una síntesis y una madura asimilación de las visiones de su época, una rica intertextualidad que abreva en distintas fuentes.”

Distante de las convenciones de la historia del arte, Carlos A. Córdova propone una biografía que rehúye la mitificación y explora en cambio las conexiones entre la obra de Jiménez y el contexto, la sociedad y el mundo que vivió, sobre todo entre 1928 y 1938. Una vida llena de sombras y paradojas, la de Agustín Jiménez es apenas uno de los muchos olvidados por la historia de la fotografía mexicana, pero sin duda la obra de este fotógrafo chilango nacido en 1901 es una de las más ricas, variadas, novedosas y originales que se hayan producido en este país, y a la que las nuevas generaciones de artistas, fotógrafos, diseñadores, cineastas y reporteros le deberán cada vez más en la medida en que se permitan descubrir sus múltiples y fascinantes facetas

